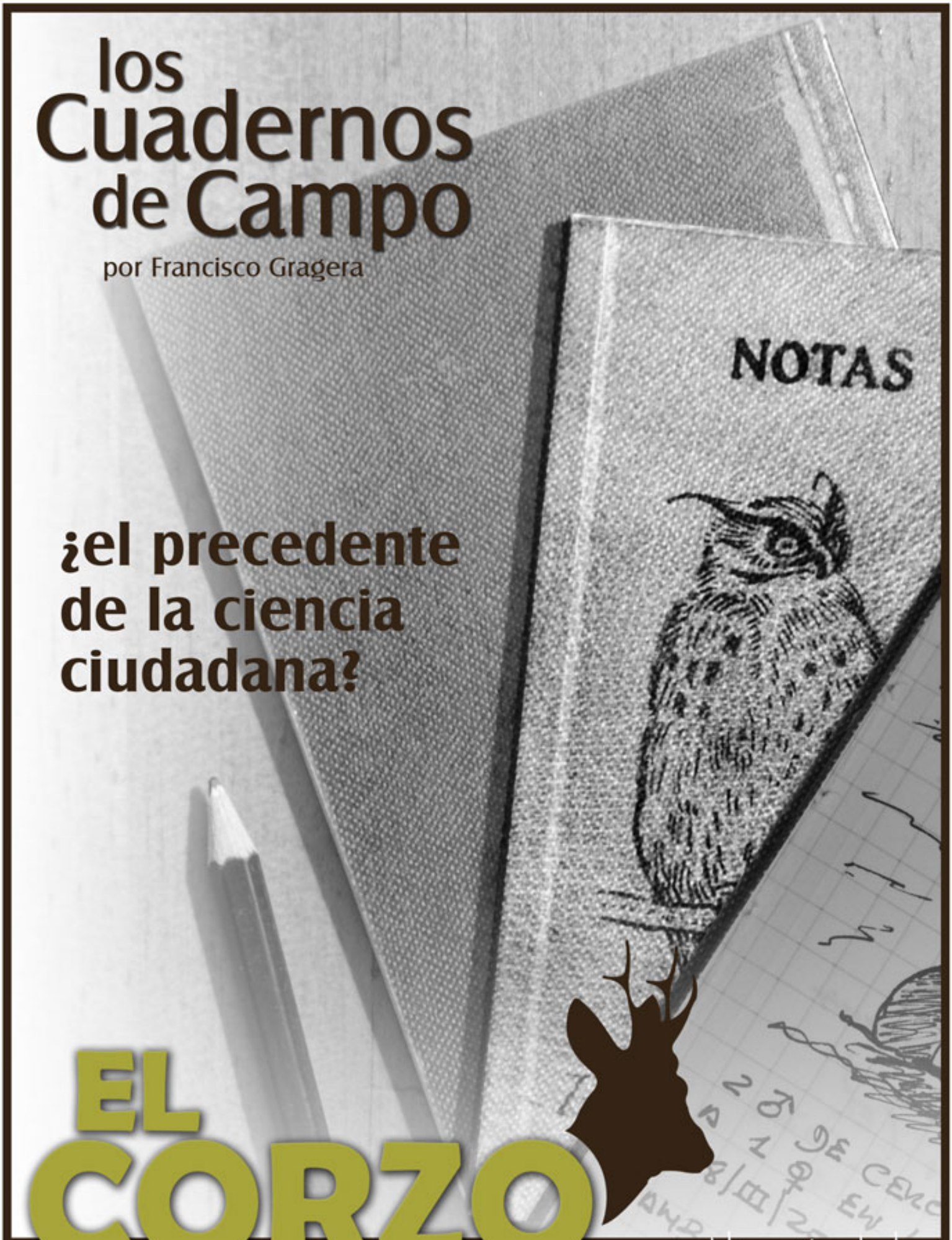
# los Cuadernos de Campo

por Francisco Gragera




## ¿el precedente de la ciencia ciudadana?

EL CORZO

una publicación de la

Sociedad Gaditana de Historia Natural

EL CORZO

VOLUMEN V - AÑO 2017
Sociedad Gaditana de Historia Natural

# Los cuadernos de campo, ¿el precedente de la ciencia ciudadana?

Francisco Gragera

Todos los biólogos y los naturalistas que hemos cumplido la edad de 50 años recordamos al doctor Félix Rodríguez de la Fuente como el hombre que fue capaz de "desburrar" a una sociedad acostumbrada a perseguir a todo bicho viviente: ¡Pájaro que vuela, a la cazuela!

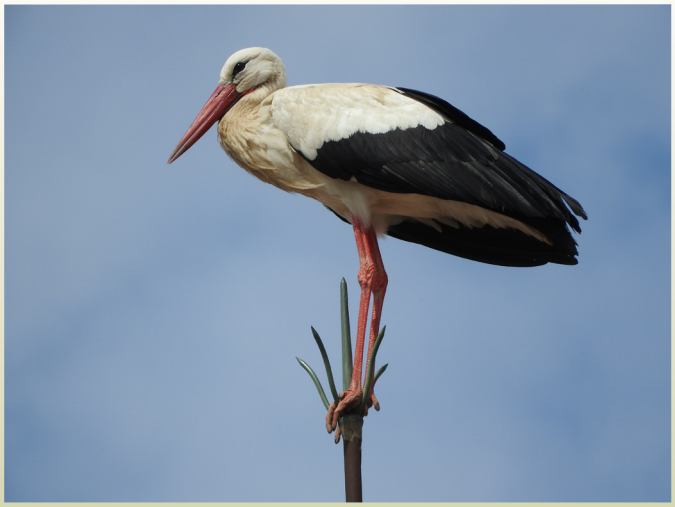
Su impronta marcó a varias generaciones de españoles que nos reuníamos en torno al televisor nada más sonar la célebre sintonía compuesta por Antón Abril para la serie de Televisión Española El Hombre y la Tierra. La seductora y poderosa voz de Félix nos hipnotizaba mientras veíamos aquellas escenas inéditas de la fauna ibérica, como la del nido de abejaruco excavado en el interior de un terraplén arenoso o la del águila real despeñando a un chivo de cabra montés. Y qué decir de su defensa a ultranza del lobo, entonces catalogado como la peor de las alimañas.

Nunca sabremos si Félix fue consciente de la importancia que tendrían en el futuro sus cuadernos de campo, porque aunque es cierto que resulta imposible cuantificar el número de seguidores que imitando al Amigo de los Animales se tomaron la molestia de apuntar todo cuando veían en sus salidas al campo, es indudable que muchos, tal vez miles, se convirtieron sin saberlo en notarios de lo que acontecía a su alrededor, obteniendo unos datos que con el paso de los años serían muy valiosos para constatar los cambios registrados en nuestro entorno. De hecho, sin la ayuda altruista del voluntariado un alto porcentaje de los proyectos ambientales que se han desarrollado no habrían conseguido sus objetivos. Por ello no es descabellado pensar que aquellos cuadernos de campo de Félix fueron el germen de lo que hoy en día se denomina Ciencia Ciudadana: la investigación científica llevada a cabo entre profesionales y aficionados en la materia.

## Cuadernos de un pajarero

El autor de este artículo fue uno de ellos, adelantándose incluso al lanzamiento editorial de los famosos cuadernos de Félix. La culpa la tuvo El libro de las aves de España de Selecciones del Reader's Digest, una obra repleta de bellas ilustraciones a todo color donde se especificaba que <<Las notas precisas y detalladas tomadas en el mismo lugar de observación, posteriormente pasadas a limpio en forma más definitiva, representan una ayuda muy valiosa en el estudio de las aves>>. Siguiendo aquel consejo al pie de la letra escribí mi primera anotación: <<17 de noviembre de 1974. Almendralejo. 11:20 horas. Con cielo despejado un bando de 15 grullas comunes volando en dirección sur>>. Aquel lejano día no sospechaba lo más mínimo que cuarenta y dos años después seguiría tomando notas de campo.

Los primeros años de pajarero fueron pobres en cuanto a resultados porque mi poder adquisitivo era casi nulo –estudiaba bachiller- y el único medio



La cigüeña blanca (*Ciconia ciconia*) protagonizó los primeros censos del autor en su etapa adolescente.

de locomoción eran mis pies. Por eso dediqué la primavera siguiente a censar la población reproductora de cigüeña blanca en Almendralejo: cinco nidos ocupados (3 en edificios religiosos y 2 sobre chimeneas de antiguas alcoholeras) y sólo un par de pollos volados de un único nido. Un desastre. Con tan pobre resultado no es de extrañar que la población cayera en picado tocando fondo en 1980, cuando un solitario nido ocupado era todo lo que quedaba. A partir de entonces se fue recuperando la especie siguiendo la tónica registrada en el resto de Extremadura, donde la especie comenzaría a perder sus hábitos migratorios retornando cada vez más pronto a ocupar sus nidos: <<17 de noviembre de 1995. Zafra. Una cigüeña blanca planeando sobre la plaza de los escudos. La primera que veo este otoño>>. El hábito de censar cigüeñas blancas no lo perdí y cuando me trasladé a vivir a Cáceres seguí buscando sus voluminosos nidos. Sólo en el casco histórico localicé nada menos que 55 nidos en la primavera de 1978, de los que 48 estaban ocupados.

## Cáceres

La capital de la Alta Extremadura, además de una notable densidad de cigüeña blanca, tenía otros atractivos para los aficionados a los pájaros: gorriones, vencejos, aviones, golondrinas, cernícalos primillas, estorninos negros, grajillas y hasta milanos negros sobrevolaban la amurallada villa, dando lugar a interesantes observaciones sobre la conducta de sus inquilinos alados. La siguiente anotación es buena prueba de ello: <<24 de abril de 1978. Cáceres. Plaza de San Juan. A las 20,15 horas llegan dos grajillas al tejado de una casa. Se separan un poco entre sí, como medio metro de distancia, y empiezan a corretear el tejado, comenzando por el extremo derecho y recorriendo de arriba hacia abajo; picotean entre las tejas buscando nidos de gorriones y estorninos. Diez minutos después llevan casi todo el tejado inspeccionado; de pronto, aparece un estornino negro que sale del interior de una teja, las grajillas lo han visto y el estornino se aleja y comienza a corretear el tejado alrededor de las grajillas; éstas se acercan al lugar de donde salió el estornino, el cual se ha ido volando a un tejado cercano. Las grajillas redoblan sus esfuerzos por encontrar el nido; al fin una de ellas lo consigue y enseguida coge con el pico un huevo y lo rompe de un picotazo, la otra grajilla acude y entre las dos se comen todos los huevos. Acabado el festín, una de ellas, la que encontró el nido, echa a volar, y enseguida la otra la sigue>>.

Apunte del natural. Una pareja de grajillas (*Corvus monedula*) descubren la nidada de un estornino negro (*Sturnus unicolor*). En el texto se detalla la ténica que emplearon.

Durante mi estancia en Cáceres también descubrí una tienda extramuros del recinto amurallado, lejos de los palacios, las iglesias y los conventos, que me atraía lo mismo que el imán al hierro. Su propietario, un reconocido taxidermista, exponía en las vitrinas una espectacular colección de trofeos: barbones de avutarda, cabezas de jabalíes y de venados, una cigüeña negra, varias pellicas de nutria y hasta una bellísima piel de lince ibérico, el antiguo gato clavo de las serranías extremeñas. Exhibir animales naturalizados no estaba mal visto a finales de los años 70 y la pequeña capital de provincia no era una excepción. Recuerdo a un ejemplar juvenil de águila perdicera con su llamativo babero anaranjado "posado" en una percha ubicada en la estantería de una céntrica farmacia y una increíble colección de tablas de avutardas (cabeza, cuello y cola en abanico) que decoraba las paredes de un concurrido bar de copas próximo a la Plaza Mayor, en la denominada "senda de los elefantes", donde la selecta clientela juvenil solía pasear por la calle en estado ebrio y dando trompazos.

Si a mi etapa de estudiante la podemos calificar como sedentaria en lo relativo a las excursiones ornitológicas, la posterior, ya de funcionario en la capital

Apunte del natural del primer elanio azul (*Elanus caeruleus*) observado por el autor al norte de Mérida.

cacereña, fue todo lo contrario. Los fines de semana eran un ir y venir de Cáceres hasta Almendralejo y viceversa, unas veces en vetustos trenes de color caqui que paraban en todas las estaciones y otras en autobuses, un poco más jóvenes, que saltaban como canguros por las parcheadas y estrechas carreteras extremeñas de aquellos años. Si tengo que hacer balance, el ferrocarril resultaba mucho más productivo desde el punto de vista ornitológico que el bus. Su trazado, alejado de los núcleos urbanos, cruzaba la gran llanura cerealista del sur de Cáceres permitiendo observar a especies típicamente esteparias: avutardas, sisones, aguiluchos cenizos, carracas, etc. Sin embargo fue en un trayecto por carretera cuando tuve la fortuna de tropezar con la pequeña rapaz que traía en jaque a los biólogos de la época, enzarzados en una carrera contra reloj por ser el primero en descubrir un nido a este lado de la frontera con Portugal: <<20 de enero de 1978. A las 16,55 horas, con cielo nublado, a unos cuatro kilómetros al sur de Aljucén en dirección Mérida, en una curva de la carretera, apareció la silueta de una rapaz que no había visto antes. Era un elanio azul adulto posado en los cables del tendido de teléfonos, con el cuerpo inclinado hacia el suelo en busca de una posible presa. Destacaban sus ojos escarlatas y las manchas negras de las alas>>. Aún no se habían cumplido tres años desde que en la primavera de 1975 descubrieron aquel tan cotizado primer nido en la provincia de Cáceres. Ese elanio, mi elanio, debía ser uno de los pocos ejemplares invernantes en las Vegas del Guadiana. Curiosamente, en la margen portuguesa de la Raya los había en abundancia: <<28 de diciembre de 1981. A las 18,15 horas, en las proximidades de la frontera de Caya, un grupo de tres elanios azules cerniéndose sobre la carretera>>.

## Espulgabueyes y meloncillos

Ya comenté que una de las virtudes de los cuadernos de campo es que se pueden extraer conclusiones sobre las variaciones que experimentaron determinadas especies animales basadas en los datos anotados en su día, muchísimos más fiables que la mejor memoria almacenada en un cerebro humano. Pongamos por ejemplo lo ocurrido a un ave y a un mamífero en la década de 1980.

La explosión demográfica de la garcilla bueyera (*Bubulcus ibis*) no estuvo exenta de polémica.

Aunque hasta 1985 no se observaron las primeras garcillas bueyeras en la comarca de Zafra, al sur de Badajoz, esta especie llevaba criando una década

en los islotes del río Guadiana a su paso por la ciudad de Mérida, a medio centenar de kilómetros en línea recta. Sólo tres años después, en diciembre de 1988, censamos más de seiscientos ejemplares en un dormidero situado sobre eucaliptos de la cola del embalse del Castellar, en el término de Zafra. Aquel primer dormidero invernal fue abandonado desplazándose a otra mancha de eucaliptos con algunos pinos piñoneros y chopos en la vecina localidad de Los Santos de Maimona, a unos diez kilómetros del anterior. El aumento de garcillas fue espectacular, como lo demuestra el censo realizado en enero de 1990 que triplicaba al que realizamos sólo trece meses antes: 1.753 garcillas acompañadas de 494 grajillas expulsadas de un céntrico parque de Zafra por la tala de los grandes eucaliptos que habían sido su dormidero habitual. En la primavera siguiente una treintena de parejas de garcilla bueyera crio con éxito en aquella pequeña mancha de pinos. La explosión demográfica de la versátil garza se debió en buena parte a la abundancia de alimento disponible en los basureros municipales y "el peligro blanco" –como lo bautizó la prensa- fue motivo de una enconada controversia, en especial entre el colectivo de cazadores que la acusaban de masacrar a los pollos de perdiz roja.

Meloncillo (*Herpestes ichneumon*) cazado en 1986 en Burguillos del Cerro.

En lo que respecta al meloncillo la primera noticia que tuve de su existencia en la provincia de Badajoz fue por azar. Un amigo de Burguillos del Cerro me avisó de que habían matado a un carnívoro que nadie conocía, ni siquiera los más ancianos del lugar. Me llevé una tremenda sorpresa: ¡un meloncillo! Que conste que no lo había observado en mi vida pero lo reconocí por las fotos que ilustraban algunos libros: <<Meloncillo cazado el 7 de noviembre de 1986 en Burguillos del Cerro, en la ribera de Santa Lucía, de madrugada durante un aguardo a los conejos. Lo confundieron con un gato montés. Sexo macho. Longitud total 108 centímetros. Peso 3 kilogramos. Le faltaba un canino>>. En muy poco tiempo pasó de ser una rareza a convertirse en una supuesta plaga para los aficionados de la caza menor que de inmediato lo catalogaron como una alimaña. Volvíamos a las andadas de tiempos pretéritos. El colectivo de los cazadores no fue el único en poner el grito en el cielo y la prensa regional también se hizo eco de las quejas de los criadores de aves de corral, incluidos los pavos, que eran víctimas del rabilargo carnívoro. En el apogeo de la campaña anti-meloncillo se llegó a decir que los arrojaban desde avionetas provistos de paracaídas, una noticia sensacionalista más fruto de la histeria que de la lógica.

## Aves de presa

Por desgracia al ojear las anotaciones de hace treinta años uno se da cuenta que la problemática de las rapaces sigue siendo la misma. Que a pesar de las incontables campañas llevadas a cabo por las asociaciones conservacionistas durante tantos años las aves de presa siguen muriendo electrocutadas, cazadas, envenenadas, atropelladas o por colisión con las alambradas y los parques eólicos, entre otras causas. Para hacernos una idea de las dimensiones del problema, siempre infravalorado porque muchos especímenes se pudren en el campo antes de ser detectados, pongo por ejemplo un macabro hallazgo: <<1 de marzo de 1984. Fuimos a Pallares, una aldea de Montemolín, a recoger un milano real herido por arma de fuego. El ejemplar tenía fracturada un ala y portaba una anilla metálica. Un vecino nos entregó otra anilla de una rapaz cazada en diciembre de 1983 en la misma zona. Por último nos llevó a un pajar donde colgaban los despojos de un búho real encontrado muerto en el campo>>. Gracias a la numeración averiguamos que el milano real procedía de la antigua República Democrática Alemana y que la misteriosa rapaz era un alimoche anillado como pollo en una sierra próxima a la ciudad de Cáceres en la primavera de 1976.

El caso concreto del atropellamiento por vehículos en las carreteras afecta de manera especial a las

Primer plano del milano real (*Milvus milvus*) herido por arma de fuego en Pallares en 1984.

rapaces nocturnas, sobre todo a mochuelos y lechuzas, antaño muy abundantes en el agro extremeño. En un recorrido de veinticinco kilómetros "sólo" localizamos a una decena de ellas: <<11 de septiembre de 1980. De Valverde de Burguillos a Fregenal de la Sierra localizamos a ocho lechuzas comunes (1 volando y 7 posadas en postes de madera de los cercados y señales de tráfico) y dos mochuelos (1 volando y otro posado en la carretera capturando polillas). Las lechuzas aprovechaban la luz del vehículo para volar delante intentando sorprender a los roedores y las pequeñas aves que se encontraban en las cunetas>>. Este comportamiento no es exclusivo de las lechuzas como lo demuestra la siguiente anotación: <<8 de febrero de 1988. Cerca de Llerena, en la carretera nacional 432, una comadreja salió de la cuneta y atrapó a un ratón que estaba en mitad de la calzada, aprovechando las luces del coche. La captura fue rapidísima y desapareció por la cuneta contraria>>.

## La desaparición de las aves comunes

Casi todo el esfuerzo conservacionista desarrollado en el último cuarto del siglo pasado estuvo centrado en sacar a flote a un grupo de aves emblemáticas de la fauna ibérica, que en aquellos años se encontraban con el agua al cuello. La decidida apuesta de recursos humanos y monetarios consiguió salvar de la extinción el águila imperial ibérica, el buitre negro y el quebrantahuesos. Esa fijación en las especies que ahora denominadas "paraguas" dejó al resto a su suerte porque entonces eran muy abundantes y nada presagiaba su futuro declive. La sustitución de los métodos tradicionales en la explotación agraria y el uso sin freno de insecticidas y herbicidas para aumentar las cosechas dio al traste con la riqueza biológica que atesoraban nuestros campos.

Según los últimos informes están desapareciendo los gorriones, las codornices, las tórtolas, los trigueros, las cogujadas, los sisones y un largo etcétera, haciéndose realidad lo que presagiaba Rachel Carson en su obra titulada Primavera silenciosa. Los menos catastrofistas podrían alegar que nunca hubo tal cantidad y diversidad de aves, que en realidad sólo son las típicas batallitas que contamos los pajareros más añosos. Para callarles las bocas basta con rescatar un par de citas relativas a la riqueza ornitólogica que

Las aves ligadas a los cultivos están desapareciendo de manera alarmante. En la imagen, una cogujada común (*Galerida cristata*)

hubo y que algunos tuvimos la suerte de contemplar a través de los prismáticos.

<<15 de noviembre de 1980. Sierra del Castellar. Zafra. En las ramas de una ahulaga estaban posadas una tarabilla común, una curruca rabilarga, una curruca cabecinegra y dos mosquiteros comunes>>. El porte de la ahulaga era raquítico por encontrarse en una ladera pedregosa donde la tierra apenas le daba nutrientes para sobrevivir.

Apunte del natural. Cinco especies de aves comparten la rama de una adelfa.

<<2 de mayo de 1981. Puente de los Reventones. Río Ardila. Fregenal de la Sierra. En las ramas de una adelfa sesteaban dos estorninos negros, tres abejarucos, una carraca, una tórtola común y un triguero>>. Ocho aves de cinco especies diferentes compartiendo el mismo arbusto. Y no fue en Doñana sino en un río que carecía de protección y mantenía abierta una gravera. ¿Qué me dicen?

## Chascarrillos

Lo mejor de la Ciencia Ciudadana, aparte del contacto directo con la naturaleza, es ser testigo o protagonista directo de algunas anécdotas.

Una sofocante siesta de verano me entretenía observando a una nutrida colonia de multicolores abejarucos. Absorto con tan bello espectáculo no me percaté de la llegada de una vaca que sin motivo aparente decidió embestirme. La única escapatoria fue rodear una adelfa perseguido de cerca por la res que no cejaba en su empeño de cornearme. Me imagino que la escena debió ser divertida, similar a la que protagonizaba el héroe de las películas mudas acosado por el gordinflón policía de la porra que nunca le daba alcance. No recuerdo las vueltas que le dimos al venenoso arbusto hasta que apareció un providencial camión, al que me encaramé de un salto después de sortear corriendo el escaso caudal que llevaba el río.

Otra tórrida mañana estival, después de comer el bocadillo al amparo de la fortaleza de Reina, descubrí que sobre la cabeza de mi compañero se desplegaba todo lo larga que era, una enorme culebra de herradura. Parecía increíble que un ofidio tan grande fuese capaz de desplazarse por el lienzo de adobe sin caer al suelo.

-¡Chacho, no te muevas! -susurré mientras cogía la cámara de fotos.

-¿Pero, qué demonios pasa? -preguntó el, ajeno por completo al culebrón que tenía sobre su cabeza.

Apenas me dio tiempo de hacer una fotografía antes de que el reptil distendiera sus músculos para caer pesadamente sobre el terreno, a escasos centímetros de mi acompañante, que del susto dio un respingo que a punto estuvo de coronar la muralla del baluarte árabe.

## Autor

• **Francisco Gragera.** Naturalista, investigador y escritor
Correo: franciscogragera@hotmail.com

© Sociedad Gaditana de Historia Natural
ISSN 2445-2718
e-mail: sghn96@gmail.com
Diseño de portada: Carlos Soto
Maquetación y montaje: Carlos Soto